



6º RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

“EL PORTAZO”

**UNIVERSIDAD POPULAR
ABRIL 2021**

ÍNDICE

UN DOLOR DE CABEZA	Ángel Rodríguez	4
HESSELL EL EXTRANJERO	Isabel Casillas	5
UN CAJERO EN LA PLAZA MAYOR	María J. Llanos	6
UNA NUEVA VIDA	Cele Lázaro	7
REMATADO EL TRABAJO	Joaquina Campón	8
UNA NOCHE PARA NO DORMIR	Asun Aroca	9
LA HUIDA	Víctor M. Jiménez Andrada	10
EL SONIDO DE LA DESPEDIDA	Pilar Alcántara	11
HERMANOS	Belén Gómez	12
LA RULETA	José Antonio García Feria	13
AGORAFOBIA	Soledad García Garrido	14
LA MASIÓN	Mercedes Pérez	15
EL PORTAZO	Vicente Rodríguez Lázaro	16
EL PREMIO	Concha Ibáñez Montero	17
DEBES RECONOCERLO: ESTO TE		
QUEDA GRANDE	Margó	18
HASTA AQUÍ	Ángela Velasco Bello	19
SIN TÍTULO	Tasi Solís	20

UN DOLOR DE CABEZA

Ese verano las temperaturas fueron inusualmente altas. La ciudad hervía y sus habitantes buscaban desesperadamente las sombras de los edificios para desplazarse, el asfalto caliente desprendía un aire que desfiguraba los contornos. Los pocos árboles que aun mantenían algunas hojas daban la imagen de una muerte anunciada. La información meteorológica, que había adquirido una importancia similar a la deportiva o económica, preveía que esa ola de calor iba a alargarse considerablemente. Nadie se atrevía a ponerle fin y, mientras tanto, el gobierno ya había restringido el consumo de agua, la circulación de vehículos y el uso de aire acondicionado en las viviendas.

Alice y Sony llevaban algo más de dos años viviendo juntos, así lo habían decidido una tarde de tormenta cuando, mojados, se refugiaron en un portal y se besaron apasionadamente. Era la primera vez que lo hacían y esa noche ya ocuparon la misma cama. Fue todo tan rápido e intenso que todo ese tiempo, hasta llegar a la ola de calor, transcurrió en un abrir y cerrar de ojos, o al menos eso les pareció a ellos.

Tres días llevaban encerrados en su pequeño piso, afuera el calor era agobiante y solo tras las breves duchas podían bajar la temperatura de sus cuerpos. Alice empezó a sentirse mal, un terrible dolor de cabeza atenazaba todos sus sentidos y la luz o cualquier clase de ruido aumentaba su malestar. La música del tocadiscos o los programas de radio, que era la única fuente sonora del exterior, estaban apagados y Sony apenas hablaba. Parecía que el cocktail de analgésicos consiguió que Alice descansara. En la penumbra, su pecho subía y bajaba rítmicamente, un brazo lánguido sobresalía fuera del sofá con las palmas hacia el techo, gotas de sudor resbalaban por su frente y Sony la miraba entre atento e impotente, no podía hacer nada para aliviar su sufrimiento, ese maldito calor amenazaba con destruirlo todo. Nadie estaba a salvo. Sony acercó su mano a la de ella y suavemente la estrechó, pero Alice, como un resorte, se incorporó y, como una tenaza apretó la suya, una mueca de horror desdibujó sus labios que parecían asomarse a un pozo de ancestral negrura y profundidad. Lanzó un grito salvaje e indefinible, entre amenazador y lastimoso, terrorífico y destructivo que resonó en toda la habitación, parecía que todo el aire contenido en ella hubiese desaparecido, absorbido por ese hueco profundo. Sony, aplastado contra el sillón, vio a Alice desvanecerse y rodar hasta el suelo, allí, inmóvil, el cuerpo de Alice permaneció ante la mirada asustada y sorprendida de Sony hasta que nuevamente, alzó su cabeza y sus manos se apoyaron en los muslos de Sony que, petrificado, seguía en el sillón. Alice, con los ojos cerrados y un rictus siniestramente alegre, comenzó a apretar sus manos sobre el cuello de Sony que apenas podía respirar, su cara se fue volviendo cada vez más roja e hinchada. Subió una pierna y apoyó su pie contra el pecho de Alice que, extrañamente ya no sudaba y en un último esfuerzo para liberarse la empujó, Alice cayó violentamente contra el suelo, pero como dotada de una energía abominable, volvió a levantarse y apuntó con sus brazos en dirección a Sony que corrió hasta la puerta.

Mientras bajaba los escalones, preso del pánico, oyó un portazo, pero él no pensaba más que en salir a la calle, donde el sol lo inundaba todo.

Ángel Rodríguez

HESSELL EL EXTRANJERO

El gigante salió al exterior cerrando la puerta tras él con fuerza galáctica; tanto que hizo temblar los cimientos de la casa y el cristal de una ventana cayó al suelo hecho pedazos.

Sara, desde su sillón, lo observaba. Y de pie, a su lado, tía Claudia se echaba manos a la cabeza como queriendo evitar el estropicio. No pudo reprimir un comentario.

—¡Oh Dios! No puedo más. Tiene una fuerza sobrehumana.

—Ya sabes que en su galaxia todos son tremendamente fuertes —respondió la sobrina.

Lo veían alejarse por el camino canturreando, ajeno a lo que dejaba a sus espaldas.

La joven, con expresión enamorada y soñadora, lo miraba embobada.

—¿Y ese hijo que esperas? ¿No es una locura? Estas de dos meses y tiene una vitalidad que puede contigo. ¡Míralo cómo se mueve dentro de tu barriga! Estás pálida y débil. Este embarazo te va a matar.

—¡Calla, no me entristezcas! Hessell dice que pronto vendrán a buscarle y marcharé con él. Allí todo será mucho más fácil.

—No debiste dejarle entrar el día que cayó del cielo en aquel artilugio tan extraño, que ardió hasta desaparecer.

—¡Déjame! soy feliz, le quiero y confío que todo saldrá bien.

Claudia abandonó la estancia protestando en voz baja.

La muchacha seguía con la mirada, la figura de aquel hombre del que no sabía casi nada, mientras se acariciaba el vientre, donde algo en su interior se movía violentamente; al tiempo que su semblante iba perdiendo la sonrisa para dibujar un gesto de extraordinaria preocupación.

Isabel Casillas

UN CAJERO EN LA CALLE MAYOR

Juan no pudo reprimir un impulso violento cuando, maleta en mano, cerró tras de sí la puerta de aquella casa que hoy dejaba de ser la suya. Dentro, dos miembros del juzgado daban fe del abandono forzoso de la vivienda. La falta de recursos económicos para abordar el pago de la hipoteca le había llevado a esta situación. Juan bajó las escaleras que le separaban de la calle cabizbajo y abatido, apenas si pudo ver al hombre que se cruzó en su camino provisto de una caja de herramientas. Abajo, en el rellano del portal, fuerzas del orden intentaban contener a un grupo de vecinos que luchaban denodadamente para que el desahucio no se llevara a cabo; pero no hubo nada que hacer.

Casi en volandas, Juan abandonó el edificio entre muestras de afecto y solidaridad. No miró hacia atrás. Con paso firme enfiló la Calle Mayor buscando sucursales bancarias que fueran de su agrado. No le costó encontrar una lujosa situada justo al lado del Gran Hotel. Abrió la puerta que daba acceso a los cajeros automáticos y tomó posesión de su nuevo hogar. Fuera se hacía la noche, cesó el paso de transeúntes y se atenuaron las luces. Sólo el vociferar de sirenas osó romper el silencio que por mucho tiempo acompañaría a Juan.

María J. Llanos

UNA NUEVA VIDA

Me gusta disfrutar los últimos rayos de sol al atardecer. Hoy, como cada tarde, me encuentro paseando por los Jardines de Palacio. Son unos bellos y cuidados jardines que rodean la gran mansión de los Duques de la Villa.

De repente, un fuerte portazo se oye a mis espaldas. Giro mi cabeza y en lo alto de la escalinata, veo cerrarse de golpe el viejo portón de madera, mientras el hijo menor de los Duques baja a toda prisa, saltando de dos en dos los escalones.

Abajo, le espera otro joven. Se dan un beso rápido, pero apasionado y, agarrados de la mano, avanzan hacia el centro de la ciudad.

Cele Lázaro

REMATADO EL TRABAJO

Al llegar a casa Emilio abre el portón dando un fuerte golpe. En el patio se encuentra su tesoro, “su niña chica”, Rosa, a su corta edad quiere al hombre que, de tarde en tarde, aparece cargado de regalos.

A Sabina, su madre, le cambia el color de su cara al verlo, pero es el padre de su hija y soporta la visita.

No suele quedarse mucho tiempo, mientras besa a Rosa, ella sigue cavando su huerto. Tiene el trabajo casi terminado. Ahora es tiempo de sembrar las patatas.

Cuando Emilio sale de casa cierra la puerta con un gran estruendo. Sabina respira al oír el golpe.

Días después vuelve acompañado de una joven. Al entrar le dice a su esposa. «Esta mujer vivirá en casa hasta que encuentre trabajo, su nombre es Noelia».

Sabina la mira comprobando que es una chica joven, morena, alta y guapa, sus ropas nuevas y de confección son exquisitas. No dejó de cavar hasta ver bien hondo el terreno. Sabina, al terminar, se acerca a ella y le dice, «venga conmigo, le enseñaré su habitación».

Se trata de una estancia que se encuentra saliendo al patio a la derecha, le enseña el cuarto diciendo. «En ese armario encontrará unas mantas; y la cocina, ya la verá». Y se marcha a seguir con su tarea.

Noelia duerme toda la noche, y al despuntar el alba se dirige a la cocina, donde se encuentra a Sabina preparando el desayuno. «Buenos días, ¿puedo tomar un café?» pregunta Noelia.

—Claro, ahí está, en ese puchero.

—Écheme un tazón, con poca leche y tres cucharadas de azúcar. —Sabina la mira y ve que está sentada esperando que le sirvan, y por ser el primer día, le acerca el tazón y un trozo de pan.

— ¿No hay dulces? —le pregunta.

— No, solo pan.

— ¿Sabe dónde está Emilio?

—No, esperaba que me lo dijese usted. —Una vez que acabó el café, Noelia coge su bolso y se marcha a recorrer el pueblo.

Van pasando los días y Sabina a sus tareas y él impuso un huésped viviendo la vida sin dar golpe.

Una noche, Emilio se despide y dice «volveré cuando termine unos asuntos que tengo pendientes.

Pasadas unas semanas vuelve y no encuentra a Noelia, le pide explicaciones a su mujer.

—No sé, se marchó a los pocos días de marcharte y no ha regresado —contesta Sabina. — ¡Se ha marchado sin su bolso y sin su ropa! ¡Mira si es extraño!

—Cuando vuelva, le preguntas.

— ¿Has terminado de sembrar las patatas?

—No, tengo solo un surco, el más hondo, lo tengo que rematar.

— Es hora de la cena, come, antes de que se enfríe. —Le dice Sabina.

Sabina, por la mañana, termina de rematar la tierra. Nada le produce más felicidad que un trabajo bien hecho.

A media mañana se prepara con su nuevo vestuario y con el bolso nuevo a pasear por el pueblo de la mano de su hija.

Joaquina Campón

UNA NOCHE PARA NO DORMIR

Aquella noche el ruido era insoportable para los oídos de Jovel, estaba cansado de las fiestas que se organizaban en su aldea y llevaba varios días sin dormir, este hecho hizo que aflorara su mal humor, cogiera su capa y saliera de su casa dando un portazo.

Jovel estuvo deambulando por los alrededores de la aldea, quería dormir de una vez, pero no sabía cómo, y pensó «¡Quizás el lugar más tranquilo para hacerlo sea el cementerio!», y sin dudarlo se dirigió al lugar. Con ojos soñolientos cruzó la puerta del campo santo y en una pequeña explanada, junto a un arbusto se tumbó, cayendo en un profundo sueño.

Comenzó a notar algo en su rostro que le hizo abrir los ojos. El cielo estaba tormentoso y las gotas de lluvia lo habían despertado. Decidió volver a casa, pero tras dar unos pasos, no encontraba la salida, no recordaba muy bien por dónde entró. No debía estar muy lejos, así que se acercó a la pared y bordeó toda la línea del muro. La puerta había desaparecido.

Jovel creía que aún estaba soñando. «¡Iré más despacio!» se dijo. Así que, de nuevo, volvió a dar toda la vuelta. Definitivamente no había puerta. «Alguien me habrá visto y para gastarme una broma con las fiestas, ha quitado la puerta». Así que miró el muro y decidió escalarlo, pero la roca era tan lisa que no había dónde agarrarse para poder subir.

¡De pronto vio una luz tras una tumba! y lentamente se acercó. Era un fuego encendido, y lo que vio hizo que sus ojos se abrieran como platos. Una figura enorme de color rojo estaba sentada junto al fuego, largos cuernos caían hacia atrás como si fuera una melena y sus ojos gatunos posaron la mirada en Jovel.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó aquella figura. Pero el joven no supo pronunciar palabra.

—No estás dormido Jovel, ¡estás muerto! Un rayo te alcanzó mientras estabas ahí, tumbado, y has pasado al otro lado. Y ahora vendrás conmigo, no has sido precisamente un ciudadano de primera—. Y al decir eso se abrió una puerta ante sus pies que burbujeaba lava ardiendo.

El joven echó a correr, como cervatillo que huye del cazador, buscando una salida, palpaba nervioso el muro a ver si sobresalía alguna roca por la que trepar, pero aquel ser se oía en la lejanía gritando su nombre —¡Joveeeel...! ¿Dónde estás?—. El miedo le nubló la vista acelerando la búsqueda de una salida. De pronto notó como si el muro le agarrara la camisa por los hombros y le gritara «¡JOVEL!». El joven abrió los ojos y vio que era su amigo.

—¿Qué haces aquí? Está toda la aldea buscándote. Vamos, que está a punto de empezar el concurso, de haber quién come más huevos cocidos.

—¿Pero? ... ¿No estoy muerto?

—¿Muerto? Lo que estás es tonto, viniendo aquí a dormir. Anda, vamos.

—¡Sí, vamos!, la próxima vez me iré de fiesta todos los días.

Asun Aroca

LA HUIDA

Pensó que dar el portazo era el mejor punto y final a aquellos años que lastraron sus sueños y lo habían arrastrado al fondo de un pozo cenagoso. Decidió huir lejos y cerrar el paréntesis de su vida que llevaba demasiado tiempo abierto, a su pesar. Esta vez no volvería a caer en la trampa, se decía a sí mismo mientras el fragor de la tormenta le coronaba las sienas.

Caminó muy deprisa por las calles que había transitado tantas veces hasta que alcanzó, en menos de media hora, un lugar de los arrabales sobre un promontorio desde el que se divisaba buena parte de la ciudad, como una pequeña maqueta. Respiró hondo y algo comenzó a calmarse en su interior: el corazón recuperó su ritmo y las tupidas nubes se disipaban atravesadas por una luz diferente.

No pudo evitar ver en el horizonte despejado el brillo de unos ojos de los que se enamoró hacía casi treinta años. Conocía esa sensación que rara vez se filtraba en sus venas. En ese momento supo lo que debía hacer.

—Ya estoy de vuelta —dijo al abrir la puerta de su casa dos horas después de la partida—. Espero que me perdonen...

No pudo a continuar su discurso tantas veces ensayado. Sobre la mesa de la cocina había una nota con una despedida breve y contundente.

Víctor M. Jiménez Andrada

EL SONIDO DE LA DESPEDIDA

Recuerdo con gratitud mi visita a París. Fue en mi luna de miel. Fabio me dio una sorpresa, la visita a Notre Dame con un concierto de gregoriano. Aquellas voces me parecieron sublimes, y mis oídos no volverían a sentir un placer semejante hasta que llegó el sonido del portazo que dio Fabio el otro día.

Siempre tuve miedo a que un día llegara la nota final de esa puerta cerrada y, sin embargo, sentí que mi alma se expandía con el palpitar de la madera tras esa brusca despedida. Sí, ya no me aguantaba más. Se marchaba con Silvana, su alumna querida, su amante, mucho más comprensiva y alegre que yo. Sentí una paz inmensa, algo desconocido; una sensación de calma parecida a la que viví aquel lejano día escuchando el canto llano. ¡Qué bello y oportuno portazo!

Fabio siempre supo sorprenderme y regalarme el oído.

Pilar Alcántara

HERMANOS

Querida Amalia:

Ya he terminado la obra: el patio está enlosado, las paredes encaladas y la pérgola montada, pero no he plantado el limonero. He cerrado con un portazo, y he dejado dentro las llaves, como quedamos.

Cuando recibas esta carta Abel llevará varios días desaparecido.

Tú, mejor que nadie, sabes cómo ha sido conmigo. Desde pequeños he cargado yo con todas las culpas. Me puse a trabajar muy joven para que pudiera estudiar una carrera que nunca terminó. Luego padre enfermó y ya no pude marcharme. Y todavía dice que gracias a él me quedé en el pueblo y por eso tengo la constructora.

Lo que más me duele es lo tuyo. Eras mi novia, pero te casaste con él; me juras que el niño es mío, pero lleva su nombre; dices que me quieres, pero estoy seguro de que nunca le dejarás.

El jueves vino a ver la obra. Se bajó del Mercedes con esa chulería tan suya y sin saludar siquiera, me espetó que he vivido siempre a su sombra, envidiando todo lo que tiene, sobre todo a su mujer. Que hacía muchos años que tú ya no me querías, que hasta le habías hecho la prueba de ADN al niño para demostrar de quién era. Que fue idea tuya lo de dejarme sin la casa del pueblo y encima encargarme la obra para que aprendiera de una vez a respetar sus cosas. Me dijo que toda la vida he sido un gilipollas y se rio, se rio con esas carcajadas de matón, que me rebotan en la cabeza como puñetazos.

No lo aguanté.

Tenía en la mano la piqueta que me regalaste por mi cumpleaños. Quizás si hubiera visto un rayo de miedo o de sorpresa hubiera parado, pero no, la misma arrogancia, el mismo desprecio, esa mirada de “no hay güevos” que tengo clavada desde chico. Me cegó la rabia.

Cayó como un fardo en el hoyo del limonero. Lo cubrí de cemento y terminé de enlosar.

Te he querido mucho, Amalia. A pesar de la duda, todavía te quiero y probablemente te querré siempre, pero me voy. Por fin me voy, voy a empezar una nueva vida libre de amor y de odio.

Tú decides si quieres que encuentren a Abel o no.

Siempre tuyo.

Martín.

Belén Gómez

LA RULETA

La mezcla de desodorante y colonia dejaba una grata estela por las escaleras tras el portazo en su casa movido por las prisas.

— ¡Cuidado con el coche si bebes! ¡No corras! ¡No vengas tarde! —. Sonaba aún a sus espaldas de la boca de su madre. Se abría una noche más de un ansiado fin de semana y esa fauna variopinta se repartía en locales de encuentros. Abrazos efusivos y la primera ronda que activaba esa ruleta noctámbula y su conexión a un mundo esotérico. Conforme se aumentaba el brebaje, Jekyll era arrinconado de forma inmisericorde y Mr. Hyde campaba a sus anchas, bajo los focos que perdían su nitidez creando halos entrelazados. Había pasado un límite y lo sabía, como otras veces.

En la vuelta a casa, su parabrisas era una gran pantalla que no lograba ajustar. Al llegar a un semáforo en rojo solo vio una señal iridiscente que no supo interpretar, y de pronto, esa pantalla psicodélica, tras un golpe inmenso, pasó a negro.

En ese túnel oscuro y en estado vegetativo, llevaba tres meses en el hospital. Alguien observó un día un leve gesto en la cara del muchacho, pero nada, dominaba la sensación total de no comprender lo que pasaba. Nadie tenía fórmulas mágicas, la neurociencia tampoco, pero hacían avances y se preguntaron si el chico allí postrado no entendía o es que no podía manifestarse. La resonancia magnética funcional, y unas órdenes repetitivas marcadas, vinieron a resolver las dudas, y detectaron actividad nerviosa en su cerebro, se estaba enterando de lo que pasaba, pero no era capaz de responder.

Pasados unos días, un enorme portazo hizo temblar la planta del edificio y su padre corría escaleras abajo, sin apartar el teléfono de su oído, camino del hospital, desde donde le anunciaban que su hijo había despertado.

José Antonio García Feria

AGORAFOBIA

Se asomó a la terraza y comprobó que se avecinaba una galerna. El cielo y el mar, un lienzo por pintar, se oscurecieron como si se hiciera de noche de repente. El viento agitaba la ropa enloquecida en los tendederos. Los barcos, amarrados a puerto, se balanceaban sobre el agua.

Se puso el chubasquero. Bajaría para alertar a su hermano, que faenaba cerca de la costa pescando merluzas. Al salir de casa, un vendaval cerró de golpe la puerta. Le pareció que se resquebrajaban los cristales, pero no quiso perder más tiempo. Atravesaría los cien metros que le separaban del litoral y con las manos le haría señales a la pequeña embarcación, que ya estaría de regreso. Después, se apresuraría para refugiarse en casa.

La mañana era un polvorín. Al abrir el portal, una ola gigante lo arrastró. Durante unos segundos, dudó si se había ahogado. Todo el rellano se había llenado de barquitos que chocaban con los buzones y las escaleras. Cuando recuperó la consciencia, el sol se colaba a raudales por el cristal esmerilado. Se quedó agazapado en un rincón, le daba miedo lo que pudiera encontrar al otro lado.

Por eso, hacía tantos años que no salía a la calle. Solo por el miedo.

Soledad García Garrido

LA MANSIÓN

Otra vez lluvioso. He pasado todo el invierno, aburridísima, leyendo y escribiendo historias de mi pueblo. Es interesante, pero el cuerpo y la mente me piden más. Por lo que cuando el tiempo lo permite saco la bici y pedaleo hasta la mansión. Así la llamamos desde pequeños, a la gran casa que está en las afueras del pueblo. Está como a medio kilómetro de la carretera, y el paseo entre los viejos robledales es algo espiritual para mí.

Recorro un camino de tierra que han recorrido grandes señores de otras épocas, regias señoras con sombreros en sus Ford T o en carros de caballos que llevan escudos grabados en las puertas...porque es una casa antigua, tiene al menos tres siglos, nos han dicho en el pueblo. Se conserva bien. Extrañamente bien. Por algún motivo, esta casa inspira respeto, no hay ni una pintada. Los gruesos muros, intactos. Cuando acaba el camino de robles accedes a una explanada muy amplia, en el centro está la casa y enfrente, una fuente ovalada, que en tiempos debió contener agua y flores de loto, tal vez carpas.

Me gusta darle la vuelta a la casa y detenerme un rato en la fuente. Me siento y recreo mi vista y oídos con el silencio. El aire parece penetrar las paredes y traerme el olor de viejos muebles de caoba, sábanas de algodón y jabón casero de la ropa recién lavada...Me dejo llevar y siento que el tiempo es circular, que me atrapa y de pronto puedo ver y oír las escenas olvidadas, las personas reales que aquí vivieron. Los grandes ventanales abiertos y la brisa moviendo los cortinajes de terciopelo en un salón enorme y de gruesas alfombras...Veo sangre en las losas de la entrada y noto el agri dulce sabor de la venganza. Siento el llanto desbordado de una dama delicada que solo quiere salvar a su hijo de la ira de un padre corrupto. Aquella seda empapada en lágrimas, es el corolario de una vida ciega y fútil que no encontró nunca la felicidad, más que en el amado hijo. Ese que se desangra en el vestíbulo de mármol blanco. Ese que se atrevió a enfrentar los oscuros ideales de un padre que no perdona la traición, ni siquiera viniendo de su propia sangre.

De pronto veo a un hombre lloroso, desesperado el gesto, pistola en mano y camisa manchada de rojo, salir por la gran puerta y dar un portazo. Le veo dirigirse al bosque y al poco tiempo, oigo el disparo.

El aire parece más frío de repente. Los árboles desean decirme algo, sin dudas quieren que vuelva, que recuerde, que el olvido está vacío.

Y que la mansión está muy sola en invierno...

Mercedes Pérez

EL PORTAZO

Desde que Miguel desapareciera en aquel trágico accidente, Úrsula no veía sentido a su vida. Ambos estaban demasiado unidos como para que si uno se marchaba el otro pudiera seguir adelante con facilidad.

Solo cuando se duchaba, el dolor lacerante, insoportable a veces, parecía mitigar algo y ello la empujaba a prolongar el baño más tiempo de lo acostumbrado antes del suceso luctuoso que ahora condicionaba de manera tan insistente sus días.

Llevaba un buen rato bajo la ducha. Cerró los ojos e imaginó algunos de los instantes más felices vividos junto a él.

Solo duró unos pocos segundos. Notó como si una mano le acariciara la espalda. Giró bruscamente, tanto que estuvo a punto de resbalar y caerse. Consiguió salir de la ducha y mientras se secaba con la toalla se produjo un ruido fuerte que volvió a sobresaltarla. Venía de la puerta de entrada al apartamento, un portazo de alguien que acababa de salir de él. Se dirigió con rapidez hacia allí y al abrirla no vio a nadie. Cerró de nuevo, se acercó al ventanal del salón, miró hacia el exterior. La calle estaba desierta. Nadie entraba o salía del edificio.

Y fue en ese momento cuando Úrsula comprendió que, en realidad y de alguna manera, Miguel seguía a su lado. Y esta sensación le dio los ánimos necesarios para continuar soportando la soledad que la abrazaba desde su marcha forzada.

Vicente Rodríguez Lázaro

EL PREMIO

En el silencio de la tarde soporífera me despertó el estruendo de un portazo. Era Juan, mi vecino de enfrente, al que vi alcanzar la calle desde mi ventana. ¿Qué habría pasado para que una persona tan pacífica hubiera dado semejante portazo?

Quince minutos antes, Juan acababa de tumbarse para echar una cabezadita después de comer... no había hecho más que cerrar los ojos cuando sonó, insistente, el teléfono.

Con pocas ganas y malos modos contestó: «¿Sí? Sí, soy yo. No, no me había enterado... Espere un momento... ¿Qué me quiere decir? ¿Es eso cierto? Un momento... Sí, apunto la dirección... No tardaré mucho».

Rápidamente se cambió de ropa y con gesto preocupado cogió las llaves de la casa y de su coche, la cartera y el teléfono móvil y pensó que nunca antes había corrido tanto como aquel día, para, posiblemente no llegar a ninguna parte.

Salió de casa dando un sonoro portazo y corrió escaleras abajo sin molestarse en esperar al ascensor.

El resto de su vida se concentraba en la decisión que tomaran cuatro personas alrededor de una mesa de despacho. Y por eso tenía que correr, para estar ahí...

Tenía que ser parte de su historia.

Al día siguiente, en la portada del periódico se leía el siguiente titular... **PRIMER PREMIO DE POESÍA CIUDAD DE CÁCERES PARA JUAN GONZÁLEZ.**

Concha Ibáñez Montero

DEBES RECONOCERLO: ESTO TE QUEDA GRANDE

La presión vecinal empezó a subir de tono. Su vida en Cáceres había dejado de ser agradable debido a la cerrazón de sus vecinos, que no eran capaces de ver la oportunidad de crecimiento que la empresa para la que trabajaba ofrecía a la ciudad.

—Son unos ingratos —les decía a sus familiares y a los escasos amigos que le quedaban.
—Le dan la espalda al progreso y a la legalidad.

Había quedado con su nuevo *coach* en el Parador de Turismo, un lugar íntimo y tranquilo, que empleaba en ocasiones para reunirse con las empresas contratadas para el proyecto. Había pedido un taxi para llegar hasta allí, quería evitar transitar la calle Pintores y ver esos letreros de las tiendas que rezaban su eterna letanía: “se vende” “se traspasa” “no a la mina” ...Incluso algún gracioso había incluido uno, con la caricatura de su rostro, en el que se podía leer “Gracias, Midas”.

Querían culparle a él: de todo. Querían culparle de todos los males de una ciudad que ya estaba en clara decadencia mucho antes del inicio de la explotación de la mina. Algunos de sus convecinos se bajaban de la acera cuando se cruzaban con él, otros, viejos conocidos, simplemente le ignoraban.

A lo lejos sonaba otra explosión.

Por la tarde comparecía ante el pleno del Ayuntamiento, en el aire flotaba una especie de calima, un polvo en suspensión que se había vuelto habitual en los días en los que el viento soplaba en dirección a la ciudad. Se paró a contemplar la plaza de Santa Clara y comprobó que ese aspecto neblinoso aportaba a la ciudad un toque de melancólico misterio, tamizando la silueta de las palmeras y la figura recortada de la espadaña del convento.

Llevaba semanas preparando su intervención, cuando la empresa le comunicó que le habían cambiado el coach que le apoyaba en estos eventos. La empresa siempre se había portado bien. No había escatimado en medios económicos.

El nuevo coach era un chico muy joven, que parecía suplir su aparente inexperiencia con una sobredosis de entusiasmo. Se saludaron, le invitó a evaluar sus objetivos y le ayudó a repasar su intervención en el Pleno. Midas no estaba muy conforme con el cambio. Desconocía la razón por la que su antiguo asesor había desertado. Este chico imberbe no conseguía transmitirle ninguna seguridad.

Al entrar en el Parador, el recepcionista, que le atendía otras veces, ya no se había molestado ni en sonreírle y... en fin, se sentía abandonado e incomprendido.

Dejó al joven asesor con una sonrisa helada en la boca cuando le dijo:

—Debes reconocerlo: esto te queda grande.

Su salida de aquella sala, dando un portazo, no tuvo el impacto esperado: coincidió con la octava explosión de aquella mañana, en la cercana en la mina de Valdeflores.

Margó

HASTA AQUÍ

Estoy hasta las narices de que me digas que yo no sé hacer nada,
Y de que me mandes callar,
Y de que no pidas nunca perdón cuando sabes que has hecho algo mal,
Y de que hagas cosas sin contar conmigo,
Y de que nunca tengas una palabra amable para mí,
Y de que me reproches que yo no trabajo,
Y de que me digas que pintar cuadros es pintarrapear,
Y de que mis infusiones sean agua sucia,
Y de que no pidas las cosas por favor,
Y de que me amenaces con que el día que te hartes me voy a enterar.

—Ahí te quedas —dijo antes de dar un portazo a la puerta—. Ah, y me llevo a mis hijos, que según tú se parecen a mí.

Ángela Velasco Bello

Salí dando un portazo. Hacía tiempo que tenía que haber tomado esa decisión. Cuando la puerta se cerró mi corazón latió muy deprisa. No sabía qué camino tomar, pero daba igual, era libre. Respiré profundamente, miré al cielo y caminé hacia el parque.

¿Por qué hemos llegado a esta situación?

A veces me pregunto: ¿merece la pena intentar salvar una relación donde hay tantos cambios de humor, tantos silencios? Cuando está contenta todo en casa es alegría, pero, cuando el mal humor aparece, el día es confuso, tormentoso. Cualquier gesto la incómoda. Leo y la molesta. Pongo la radio y también. Hasta mi respirar daña sus oídos. No sé cómo actuar. Me vuelve loco.

La conocí en una romería, era una chica alegre. No era guapa, pero, con encanto. Me sentí el hombre más afortunado. Empezamos a convivir y todo iba bien. Pasaron los años y, una noche cenando con unos amigos, nos encontramos con una antigua compañera de Universidad, la saludé y, en ese momento mi felicidad saltó por los aires.

Mi vida se volvió un infierno, por un beso.

Intenté todo: ayuda de un profesional, terapia de pareja, pero sus celos, lo impedían. Me dolió dejarla, la quería demasiado, pero no podía más: su vida o la mía.

Tasi Solís